

XLIV.

LA PROCESION.

Es de notar que la situación de la villa Giacinti, distante más de quince minutos del pueblo y de la parroquia permitía á los forasteros anticatólicos no sufrir muy penosamente la incomodidad de la misión que se daba en el pueblo. La Needle, con todos los demás, pasaba el tiempo sumamente tranquila, sin excluir el de las funciones más ruidosas, sobre todo, porque á excepción de los días festivos, los ejercicios religiosos ordinariamente se verifica-

ban en las primeras horas de la mañana y en las últimas de la tarde, invirtiéndose las demás, con poco estrépito, en enseñar á los niños la doctrina y oír confesiones. El solo disgusto inevitable para la celosa pietista era ver á John frecuentar la iglesia católica apasionadamente, si bien protestaba que iba con el único deseo de conocer las costumbres de los papistas. Por añadidura, los señores de la familia Giacinti habían convenido en no decir una sola palabra de las funciones religiosas. He aquí por qué, á no hacer frecuentemente John un relato de las cosas del día, Clara y Clemencia hubieran pasado todo aquel tiempo en la quinta sin saber de la misión sino el nombre; hubiéranla considerado como un fenómeno de la iglesia papista, con la que nada tenían que ver.

Empero, no pudo pasar lo mismo hasta el fin. El último domingo de los ejercicios, en pleno día, los señores de la casa se fueron todos á la iglesia, llevándose á Julia y á John, el cual por ninguna cosa del mundo se hubiera privado del espectáculo (así lo llamaba) del término de la misión. Mistress Needle, por tanto, daba vueltas, ya por las estancias, ya por los caminitos del jardín, fastidiándose, y mucho más sus hi-

jas: confortábalas el pensamiento de que al día siguiente habrían concluido el estruendo de las funciones, las inquietudes ocasionadas por John, y el fastidio de la soledad. Entre semejantes pensamientos vino á sorprenderlas el fragoso sonido de campanas que tocaban á fiesta, pareciéndolas que á cada instante volvían á empezar con más ruido.—¡Y no cesan! iba diciendo consigo propia *mistrees Needle*; ¡no dan señales de cesar pronto! ¡Diríase que no han tocado nunca! ¡Paciencia! Será el toque de respeto; después de la girándula debe venir lo demás.

Así había trascurrido un cuarto de hora. De pronto, Clara dijo gritando:—¿Oís, mamá? ¡Las trompetas!

—Sí, sí, las trompetas, replicó *Clemencia*.

Las trompetas, y las trompas, y los trombones, y los clarinetes, sonaban en efecto; ya llegaba distintamente la armonía de la música tocando una marcha.—He aquí las charlatanerías católicas, dijo la madre á sus amadas: no saben adorar á Dios en espíritu y en verdad: necesitan cosas que despierten, y tambores, y campanadas, y fuegos, y cohetes (estallaban entonces una porción de morteros); en suma, todo lo que

sirve para destruir la verdadera devoción grave y seria.

Entre tanto la música tocaba fuertemente, pareciendo acercarse; ya no podía ponerse en duda.—¿Vendrán á meter ruido hasta por aquí? dice la señora: ¡sólo esto me faltaba! Sube á la casa, se asoma ¡y qué observa! Despuntaba en el fondo del gran camino de regreso un estandarte pintado y vistoso, viniendo poco después un gran Crucifijo, llevado por cofrades con capa blanca, que sostenían cuatro faroles sobre palos; seguía detrás la procesión. La *Needle* bajó á la casa de los señores *Giacinti* para saber lo que decir quería todo aquello. No encontró alma viva. Por fin, en el terrado halló una vieja criada que se había quedado para guardar el edificio.

—¡Oh! ¿Vienen aquí? dijo la señora con ímpetu.

—Sí señora, contestó la vieja.

—Pero . . . ¿por qué? ¿A qué vienen?

—Por un derecho que tienen nuestros señores de que la procesión pase por delante del palacio.

Verdaderamente no existía tal derecho, sino sólo una costumbre y conveniencia, por ser el camino ancho, recto y largo; diríase que invitaba á la procesión para que

desplegase allí toda su pompa. Para ello pedía el párroco venia cada vez; y los señores de la quinta no solo la otorgaban gustosamente, sino que permitían atravesar á la piadosa comitiva un prado más allá de aquella, volviendo después á la parroquia por el camino principal. Así hacíase cuando las rogativas y cuando el Corpus. El quintero y la casera tenían orden de dar paso en nombre de los dueños cuando estuvieran ausentes; por añadidura debían disponer la parte exterior de los balcones con arañas, abrir la puerta de la capilla doméstica y tocar la campana. El misionero, que con el párroco había ido á complimentar á los Sres. Giacinti, los cuales no poco habían contribuido para los gastos de la misión, conociendo la costumbre del país, habíase fijado en aquel sitio para que se detuviese allí la procesión y se cantasen unos fervorines al aire libre. A la verdad, su elección fué acertadísima, porque delante del palacio había una gran explanada, á guisa de anfiteatro, muy á propósito para recibir el gentío innumerable, por extenderse largamente aquella planicie por el contorno, ceñido en semicírculo por un bosque alto y espeso de laureles y cerezos: veíanse también cajones de limo-

neros y toronjiles. Por una parte allí desemboca el camino, y por otra una abertura metía en los prados.

Doliéndose amargamente la vieja de no poder ir á la procesión, alegrábase de que á lo menos la fuese á encontrar á su casa, é invitó á la señora para que viese los tapices de la fachada, primero que la gente lo llenase todo. Mostróle la magnífica peana, dispuesta en frente del balcón, para colocar encima la imagen, como también los vasos de rododendros, camelias y azaleas que la circundaban, y el dosel verde con flores bordadas que la cubría. Todo era nuevo para mistress Needle. Nadie habíale dicho la menor palabra en el día precedente, ni hecho indicación alguna; habiendo salido únicamente al jardín detrás de la casa, no lo había visto. En el interín tocábase la campana de la capilla, la cual, aun sin entrar, se veía llena de luces y adornos. Clara y Clemencia, como dos ardillas, daban vueltas por todas partes, dentro y fuera de la capilla, subiendo al terrado para ver la procesión, que muy lentamente subía por el camino, y demandando pormenores á la vieja. Mistress Needle, incomodada, tomolas de la mano y se retiró á su habitación. Fué inútil, las niñas no la de-

jaban en paz, suplicando con ademán de llorar y pidiendo licencia para salir un instante á uno de los balcones; la infeliz señora conoció que sería la violencia demasiada, confinándolas en un rincón en el instante en que un espectáculo tan nuevo para ellas se representaba debajo; condescendió, pues, de mal talante, pero descendió.

Una mayor angustia comenzaba en verdad á mortificarla, y decía:—¡Si el tontísimo John se hubiera también metido en esta locura! El que va con los lobos, aulla por fin, como ellos. Claro; el que no siente horror al papismo y al puseismo, es capaz de todo.

La desolada señora se dejó caer sobre una butaca, y palpitando por la cruel expectación, así decía:—¡Oh! A preveer todo esto, no estaría ciertamente aquí! ¡Mejor en Parque Verde, en Siberia y bajo los hielos, que entre estas bataholas!—No se podía tranquilizar pareciéndole presentir que su primogénito debía encontrarse allí en compañía del pueblo, detrás de la procesión católica. Al revés sus hijas; pensando sólo en satisfacer la pueril curiosidad, gesticulaban de gozo, y volviéndose de vez

en cuando á su madre:— Mamá, gritaban, el Crucifijo! ¡Mamá, los hombres con un traje blanco!—Venga usted á verlos: ¡las mujeres van en hilera como los soldados!— La pobre madre, con el mismo gusto con que da el ruiseñor en la boca de la serpiente, movióse por último, abrió las persianas, que hasta entonces habían ocupado las pequeñas, y se apoyó en el antepecho, procurando conformarse con cualquiera desventura que le tuviesen preparada.—A lo menos, dijo, quiero saber á qué me condenan, sin que me lo cuenten los demás.

Llegaba entonces un estandarte á la explanada delante del palacio: formaban el primer grupo las mujeres ancianas, sin velas, pero con el rosario, que iban pasando entre los dedos, rezándole en voz baja.

No pocas llevaban á sus hijitos, vestidos unos como San Luis Gonzaga, con sobrepelliz, bonete y cirio en la mano: otros como San Juan Bautista, con la piel de cordero atravesada desde las espaldas al lado. Además había una multitud de ángeles, no bajados del cielo, sino salidos de todas las casas; unos con cándidas basquiñas planchadas, y otros con grandes alas

llenas de estrellas simétricas y cubiertas de oropel. A los ángeles tocaba esparcir flores sobre el camino de la Virgen, por lo cual llevaban bellos cestitos forrados de tela blanca, llenos de yerbas olorosas y de flores deshojadas, que á puñados iban echando en medio de la calle.

Seguía la Congregación de las Hijas de María, detrás de un estandarte desplegado, que representaba una hermosa Virgen inmaculada, bajo cuyo pié de nieve se enfiurecía la cabezota de un dragón. Clara y Clemencia estaban absortas mirando la serpiente infernal, que se agitaba en vano desplegando la pompa de sus escamas verdes y matizadas, y lanzando la punta venenosa de la cola. La madre casi se olvidaba de sus pensamientos tristes, viendo aquellas jóvenes virginales que proseguían decorosamente con hermosas hachas en la mano, con los ojos bajos, con sus velos blancos que caían sobre su frente, lindas por las gracias de la edad y por aquella elegante distinción, tan propia de las campesinas toscanas. Venían cantando con argentinas voces, perfectamente acompasadas, el *Ave maris Stela*, alternándolo con alabanzas en italiano de viva y dulce melodía.

Formando el último de los grupos femeninos, avanzaban las cofrades del Rosario, sobre toda ponderación numerosas, porque había el misionero admitido las que pertenecían á la congregación de los pueblos próximos, que acudieron atraídas por la solemnidad y por su propia devoción. De pronto grita Clara:—¡Julia! ¡Julia! ¡También está miss Julia! Habíala descubierto con sus ojos penetrantes, á pesar de que aun distaba doscientos pasos, y mostrábala con el dedo á su madre y á su hermana. Realmente iba Julia de pareja con una excelente aldeana, sin ver cosa de lo que á su alrededor sucedía: De igual modo, tras ella, iba la condesa Giacinti, y, por fin, en el lugar más distinguido, á saber, en medio de la procesión, la joven marquesa Lauri, entre dos dignidades de la cofradía, una de las cuales era la mujer de Domingo, el guardabosque de la señora. Había sido elegida la marquesa por unanimidad priora de la Congregación, en la junta del año precedente, y había correspondido al honor, dando al tomar posesión del cargo, la bandera estrenada en aquel día.

Mistress Needle maravillábase mucho de que las damas se juntasen así con las

mujeres del pueblo, sin poder saborear todo el ideal cristiano, preocupada por el pensamiento de su John. Comparecían ya los congregantes con capa blanca, con sus capirotos de uniforme de varios colores, según las cofradías: otros con las capuchas en la cabeza y los ojos agujerados, que daban espanto á la inglesa, otros teniéndolas caídas detrás de sus espaldas, mostrando ciertos hermosos semblantes barbudos, huesosos y varoniles, cuyo boceto hubiera sacado con gran gusto un pintor de fama. La señora buscaba, naturalmente, al marqués Lauri, y no viéndole:—¡Quién sabe, decía, quizás también esté encapuchado! ¿Quién podría distinguir al marqués de su boyero?

En aquel momento entraba la imagen de la Virgen, que sobre andas conducían ocho jóvenes robustos, que se iban reemplazando desvelándose por llevarla perfectamente, como si fuera un vaso de agua. Parecía que la Virgen iba por el aire, sin dar un paso, como una visión. La pobre puritana sentía traspasado su corazón por la idolatría con que el pueblo arrodillábase al pasar la imagen, haciéndose la cruz como en actitud de recibir la bendición de la Virgen.—¡Pobre gente! pensaba, y no son ma-

los; pero sus sacerdotes los echan á perder á fuerza de supersticiones.... ¡Y dice John que los papistas no adoran á la Virgen! Yo veo,.... Mirad, hijas mías, la Madre de Jesucristo es una noble y santa criatura; pero una criatura y nada más: estos visajes que hacen los católicos en torno de su imagen, son abominaciones....

El estruendo de un tambor y el ruido extraordinario de la música interrumpió el catecismo anglicano. Querían los excelentes aficionados honrar á los señores de la quinta y cubrir con el ruido de la sinfonía el rumor que surge naturalmente al tomar sitio en la explanada el pueblo y la procesión. Detrás de la máquina triunfal, y antes de los músicos, habíanse reunido los propietarios del país, que iban vestidos de etiqueta. El síndico estaba en medio, rodeándole y siguiéndole los consejeros del municipio, el secretario, el médico, el boticario y el maestro de la escuela. La señora no se fijó en ellos, latiendo como latía su corazón al inquirir si entre la ola magna del pueblo estaba su hijo. Creía que si en alguna parte se hallaba, debíalo descubrir en aquella multitud que seguía la música. Mas John había hecho cosa para ella peor. Habíase puesto bravamen-

te con los señores, desnuda la cabeza también, teniendo en una mano el sombrero sobre su pecho, y en la otra la luz encendida. Hallándose en la iglesia sin hacha, y viendo á los demás provistos, pidió una alquintero de la posesión que se juzgó muy honrado, haciéndole traer pronto la más doble y elegante que había en las cajas de la cofradía: habiéndolo reconocido el síndico por uno de los forasteros instalados en casa Giacinti, hábale ofrecido con sumo donaire puesto á su derecha.

El primero que le descubrió fué su hermana Clemencia;—Mamá, ¡John!

—¿Dónde? ¿dónde?

—Detrás de la misma imagen, y lo mostraba con el dedo.

—¡Me han hecho traición! ¡Ay de mí! exclamó la pobre *pietista*. ¡Nunca debí venir á estos sitios...! No debí dejar la brida sobre su cuello... ¡La culpa es mía!—Un pensamiento daba vueltas en su mente; bajar, correr donde John estaba; apagar su hacha, y llevarle á casa de la mano. Mas ¿de qué servía la locura?—El mal hecho no se deshace: aumenta el escándalo; seré la irrisión del país, y se ayergonzarían los que me han hospedado... Y si por añadidura John resistiese...?

¡Es muy capaz!... ¡Qué humillación para mí!—Miraba entretanto á John fijamente: hubiera querido contundirle con la mirada, y tenía los ojos fijos en los suyos, esperando que los alzase para expresar con un vistazo su ira, y echarle así en cara su delito, confundiéndolo y castigándolo. Todo inútil: John no levantaba los párpados, siguiendo firme, impasible, de piedra y con semblante tranquilo, como si nada hiciese.